

## CAPITULO XV

Gobierno del adelantado D. Francisco de Montejo en Honduras.—Fundación de Santa María de Comayagua.—Rebelión de los indios de la provincia de Cerquín.—El cacique Lempira.—Sitio del peñón de Cerquín por el capitán Alonso de Cáceres.—Levantamiento de los indios de Comayagua, Guaxarequí y Xocoró.—Abandono de Comayagua.—Situación angustiosa del adelantado en Gracias á Dios.—Muerte de Lempira, y rendición del peñón de Cerquín.—Campana contra los indios de Comayagua.—Pacificación de toda la provincia de Honduras.—Llegada del licenciado D. Cristóbal de Pedraza, obispo electo de Honduras y defensor de indios. Descubrimiento de las minas de plata de Comayagua.—Proyecto de un camino carretero para unir el Pacífico y el Atlántico.—Fomento de Puerto Caballos.—Llegada del adelantado Don Pedro de Alvarado con su esposa D<sup>a</sup> Beatriz de la Cueva, de regreso de España.—Rumores alarmantes contra el adelantado Montejo.—Envía éste una diputación á dar la bienvenida á Don Pedro de Alvarado.—Brusca acogida que recibió la diputación.—Alvarado se pone en camino para Gracias á Dios.—Sale á su encuentro el obispo Pedraza y entrega á éste las provisiones reales.—El obispo Pedraza acepta el encargo de juez comisionado y pesquisidor, en la contienda de Alvarado y Montejo.—El juez procura un avenimiento entre los contrincantes.—Habiendo fracasado el arreglo, empieza sus actuaciones.—Pleito sobre las encomiendas.—Cuestión de usurpaciones é indemnizaciones.—El derecho al gobierno de Honduras.—Sentencia del juez comisionado.—Montejo es sentenciado á destitución del gobierno de Honduras y confiscación de bienes.—Montejo y sus partidarios pretenden protestar contra la sentencia.—El obispo Pedraza pide el auxilio de la fuerza pública, y pone preso á Montejo en su casa.—Susto de sus partidarios.—Abandono y aislamiento de Montejo.—Pacto entre Montejo y Alvarado.—Alvarado se va á Guatemala, y Montejo á Chiapas.—Juan de Contreras encuentra al adelantado Montejo en Ciudad Real.—Sobresalto de Montejo.—Despacha prontamente á Alonso de Rosado para Champotón.—Refuerzos enviados á Champotón.

Volviendo al adelantado Montejo, se recordará que le dejamos posesionado del gobierno de Hondu-

ras y muy ocupado en quitar las encomiendas á los amigos de Alvarado para repartirlas entre panaguados y partidarios suyos.

Tan pronto como el adelantado Montejo vió que su autoridad no tenía competidor, se propuso someter á los indios que aun estaban inquietos, y en esto le llevaba no solamente el deseo de afirmar su gobierno, sino también el de hacer productivas las encomiendas con la adición de indios tributarios con los cuales se pudiese contar para el trabajo de las minas.

Mandó reducir á poblado á todos los indios de las sierras vecinas á Gracias á Dios, enviando un capitán que los visitase á pretexto de explorar y buscar minas de oro. Obligó á españoles é indios á hacer plantaciones y siembras, y á poco desapareció la escasez de cereales y bastimentos que se había estado resintiendo.<sup>1</sup>

Llamó al capitán Alonso Cáceres, y le envió al valle de Comayagua con instrucciones de someter á los indios al dominio de Castilla, de grado ó por fuerza. Salió el capitán Cáceres con un piquete de tropa, y en parte alguna encontró resistencia. No tuvo que emplear la fuerza de las armas, porque en todas partes fué bien recibido: tranquilamente fundó<sup>2</sup> la villa de Santa María de Comayagua en un llano entre dos ríos, comunicó el éxito á Montejo, y este repartió la nueva provincia y la comarca de la villa de San Pedro.

<sup>1</sup> Carta del adelantado D. Francisco de Montejo al Emperador, de 1<sup>o</sup> de Junio de 1539.

<sup>2</sup> Adiciones y aclaraciones á la Historia de Guatemala por D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, tomo II, pág. 221.

Todo parecía pacífico, los indios no daban señales de inquietud, y de ninguna manera se mostraban ansiosos de sacudir el yugo extranjero. Esto era un triunfo para Montejo, y se vanagloriaba de haber pacificado tierras que Alvarado y sus capitanes en vano habían pretendido sosegar. Para que su dicha temporal y relativa fuese completa, su esposa D<sup>a</sup> Beatriz Herrera fué á juntarse con él en Gracias á Dios, llevando á toda la familia. Se embarcó en Veracruz,<sup>1</sup> para la Habana, y allí fletó otro buque que la condujese á Trujillo; pero, perseguido el buque por unos corsarios franceses, tuvo que volver de arribada forzosa á la isla de Cuba, y desembarcados los pasajeros, vagaron por los bosques hasta que pasado el peligro se reembarcaron para su destino. En medio de estas angustias, D<sup>a</sup> Beatriz perdió mucha parte de su caudal, muebles y bastimentos que llevaba; mas hubo de llegar sana y salva al lado de su esposo que tenía preparada una buena casa para recibirla en Gracias á Dios. Aunque agasajada y cortejada, como consorte de un potentado, no la gozó á su satisfacción, pues á poco tiempo de su llegada, á media noche, súbitamente se declaró un incendio en la casa, y cundió con tanta celeridad que la Señora D<sup>a</sup> Beatriz y sus hijas, por salvarse de la furia del fuego, tuvieron que salir en camisa, y aun el mismo adelantado se vió en riesgo inminente de muerte. Por salvar á su familia penetró hacia el interior, y al querer salir se vió atajado por las llamas, y no tuvo más remedio, para evitar ser quemado, que sal-

<sup>1</sup> Documentos inéditos del archivo de Indias, tomo II, pág. 236.

tar desde lo alto de una pared á la calle. Se quemaron algunos niños, y todos los muebles quedaron reducidos á cenizas.<sup>1</sup>

Andaba el adelantado Montejo alucinado con la paz que se disfrutaba en su gobierno, y un suceso inesperado hízole caer la venda de los ojos y comprender que toda la docilidad de los indios era engañosa. Las comunicaciones entre Honduras y Guatemala eran más frecuentes desde la fundación de Gracias á Dios, y los españoles de ambas provincias trajinaban en el camino recientemente abierto. Tres españoles salieron de Comayagua, con dirección á Guatemala, y pasaron faldeando cerca de un villorrio de la provincia de Cerquín. Yendo una noche descuidados y sin temor, fueron asaltados por un grupo de indios, no se sabe si por robarles, si por venganza, ó por odio de raza: por más que los españoles hicieron esfuerzos para defenderse y salvarse, sucumbieron todos asesinados sin piedad.

Es dable suponer todo el susto y enojo que el anuncio de esta muerte produciría en las poblaciones de españoles, que diseminados en cortos grupos entre infinidad de indios no podrían menos que sobresaltarse si cualquiera de ellos era atacado ó muerto: creían vacilante su seguridad personal y juzgaban imprescindible un escarmiento que inspirase terror á la raza conquistada. Apenas supo Montejo la funesta noticia, mandó prender al cacique y vecinos principales de Cerquín,<sup>2</sup> los puso in-comunicados, é inició una averiguación estrecha y

<sup>1</sup> Colección de documentos inéditos del archivo de Indias, tomo II, página 236 y 237.

<sup>2</sup> Documentos inéditos del archivo de Indias, tomo II, pág. 214.

rigurosa. Los indios que salieron culpables fueron castigados severamente, y los demás, puestos en libertad, se volvieron á sus casas. El castigo en vez de escarmentar á los indios, encendió la rebelión: un mozo valiente y atrevido llamado Lempira se ostentó jefe de ella. Era Lempira <sup>1</sup> de mediana estatura, fornido, de grandes espaldas, nervudo de brazos, inteligente y de facil discurso: su atrevimiento y bizarría eran de todos conocidos, pues se afirmaba que en una batalla había matado de su mano ciento veinte hombres: su prestigio estaba tan extendido, que se le creía hombre superior, encantador y mago. Tendría como treinta y ocho años al sublevarse contra los españoles. Irritado por el castigo impuesto á sus coterráneos, organizó una conspiración, juntando á los hombres de más de doscientos pueblos y persuadiéndolos á levantarse contra los españoles. Toda la comarca de Cerquín y también la de los Cares, tomaron parte en el levantamiento, y proclamando por jefe á Lempira, se formó un ejército numeroso en el cual sólo los caciques y señores principales pasaban de dos mil. Se fortificaron en el peñón de Cerquín, cerro inexpugnable que ya otras veces había servido de fortaleza á los indios.

Vigilante y activo Montejo, destacó <sup>2</sup> inmediatamente al experto y diligente capitán Alonso de Cáceres, para que sin pérdida de tiempo atacase á Lempira, aplastando la rebelión en su cuna. La tropa de Cáceres iba bien provista de armas, muni-

<sup>1</sup> Herrera. *Décadas de las Indias*, década VI, pág. 80.

<sup>2</sup> Herrera. *Décadas de las Indias*, década VI, pág. 79—*Documentos inéditos del archivo de Indias*, tomo II, pág. 214.

ciones y vituallas, y á pesar de la rapidez de la marcha llegó demasiado tarde. A la posición de suyo inexpugnable que tenía el peñón de Cerquín, se unían las fortificaciones que Lempira había construido violentamente. Se había proveído de bastimentos para mucho tiempo, y su posición era apta para luchar con ventaja y aun sostener un sitio de muchos meses. Apenas llegado Cáceres, y reconocido que hubo el terreno, comprendió que no era posible atacar al enemigo, ni dar un asalto sin riesgo de un descalabro, y así, se limitó á poner cerco al peñón, pensando que al cabo el caudillo indio estaría reducido á entregarse. El animoso jefe indio no se desalentó viéndose sitiado; hacía continuadas salidas, procuraba romper el cerco, y mantenía á los sitiadores en perpetua agitación: las refriegas eran de lo más reñido, y en ellas el ejército español sufrió no pocas pérdidas. Los españoles estaban auxiliados por indios de Guatemala y de México,<sup>1</sup> y, no obstante, el capitán Cáceres se vió obligado á pedir refuerzos á Gracias á Dios.

Seis meses ya duraba el sitio, y no había señal de que llegase á su término: los sitiadores distribuidos en una línea sostenida por ocho puntos bien guarnecidos, rechazaban diariamente las salidas impetuosas de Lempira: las hostilidades se encarnizaron, y no solamente se peleaba de día sino también de noche.

Lo más desastroso fué que, con no haberse aplastado la insurrección inmediatamente, pronto cundió por otros puntos. Se levantaron los indios

<sup>1</sup> Herrera. *Décadas de las Indias*, década VI, pág. 80.

del valle de Xocoro, y fué preciso enviar allí un capitán con diez y nueve hombres á someterlos. En Guaxarequi, pueblo el más avanzado de la frontera de Comayagua, se sublevaron también los indios, sorprendieron á los vecinos españoles, y de diez y seis que eran sólo uno se salvó de la muerte huyendo á Comayagua, á donde llegó con siete heridas en el cuerpo. Obligado Montejo á atender á todos los puntos, se sentía agobiado con la petición de refuerzos que le hacía el capitán Alonso Cáceres, en cuyo campo el hambre también había empezado á hacer estragos, por no haberse podido abastecer de víveres. A duras penas pudo el adelantado enviar un piquete de catorce hombres en socorro de los sitiadores de Cerquin, y estos valientes no pudieron unirse á la fuerza de Cáceres sino después de sostener fuertes escaramuzas con grupos numerosos de indios que salían á su encuentro á hostilizarlos. Era patente que toda la comarca estaba rebelada: se levantó la sierra de San Pedro; Comayagua temblaba, temiendo caer de un momento á otro en poder de los indios; y en Xamala se descubrió una conspiración cuyo fin era caer repentinamente sobre Gracias á Dios, y acabar con Montejo y la débil guarnición que la sostenía. Por fin llegó la noticia de que Comayagua, atacada por los indios vigorosamente, había sido desalojada por los españoles, que, presa de un pánico irresistible, se habían salido, abandonando cuanto tenían: apenas habían tenido tiempo de sacar sus caballos y armas.

La situación de Montejo era asaz comprometida: abatido, confuso y desesperado, permanecía en

Gracias á Dios, sin saber qué medida tomar. Era sin embargo un hombre de fortuna, y aunque sumido en lo más profundo de la angustia, quiso la buena suerte que vientos propicios le soplasen cuando ya estaba á punto de fenecer. Vino á levantar su espíritu, y á reanimar su fortaleza, la nueva que recibió de la toma del peñón de Cerquin, que el capitán Cáceres había realizado en momentos en que se creía inevitable la caída de un impetuoso aluvión de indios sobre los españoles.

Cansado Cáceres de tanto pelear sin éxito, creyó que acaso el desaliento había alcanzado al valiente pecho de Lempira, y bajo la influencia de este pensamiento, abrió una tregua y mandó una embajada al jefe indio proponiéndole la paz, y que se sometiese bajo la garantía que le daba de tratarle bien, conservarle la vida y bienes, y retribuirle con honores y consideraciones. Lempira recibió á los embajadores, escuchó con calma sus propuestas, y por única respuesta los mandó degollar, y siguió las hostilidades. Nada valió que ancianos caciques compañeros suyos, haciéndole reflexiones, le instasen á aceptar las proposiciones del capitán español. El, siempre terco, animoso, temerario, despreciador de la muerte, continuó dando terribles embestidas á los sitiadores: personalmente mandaba los ataques, y se empeñaba en lo más intrincado y peligroso de ellos, sin cuidado de su persona: tanta temeridad le costó cara.

En una de tantas salidas, lleno de arrebatos y ardor, llegó á ponerse al alcance de los tiros castellanos, y, notándolo el capitán Cáceres, se propuso deshacerse de él. Para mejor aprovecharlo, dió

instrucciones á un soldado de caballería que, montado á caballo, y llevando en ancas un escudero armado de arcabuz, se aproximase cuanto pudiese á Lempira, y hablándole en alta voz le exhortase á deponer las hostilidades y someterse: que distrayéndole con la plática, diese ocasión al escudero de asestarle un tiro certero, y allí finase el impertérito caudillo. El ginete cumplió diestramente el encargo: se aproximó, trabó conversación, y el cándido cacique le respondió «que la guerra no había de cansar á los soldados, ni espantarlos, y que el que más pudiese vencería»; siguió hablando arrogantemente; y al expresarse con tanto garbo, el escudero le apuntó y le dió en la frente, y el desgraciado Lempira cayó rodando entre las peñas con la cabeza atravesada de un arcabuzazo.<sup>1</sup>

Con la muerte desastrada de Lempira todo fué alboroto y confusión entre los sitiados. Sin embargo Cáceres no se atrevió á asaltar el peñón, temiendo probablemente que la exaltación de la desesperación les hiciese hacer prodigios de fiereza que contrastasen la intrepidez castellana. Prefirió negociar: envió una nueva embajada al peñón con un donativo de alpargatas, camisas, gallos, telas, y cuatro lanzas para los jefes indios, y con encargo de invitarlos á someterse, visto lo inútil de persistir en la resistencia. Esta embajada no tuvo la suerte horrible de la anterior: bien acogida por los caciques del peñón, regresó en seguida con una respuesta satisfactoria: los caciques tuvieron junta, y resolvieron someterse. Como muestra de acatamiento

<sup>1</sup> Herrera. *Décadas de las Indias*, década VI, pag. 79.

to á la autoridad española, enviaron al capitán Cáceres un presente de gallos, con acompañamiento de tambores, caracoles y otros instrumentos musicales.

Regocijado el capitán Cáceres, envió un correo á participar su victoria á Montejo, y dejó salir libres del peñón á todos los indios con sus mujeres é hijos: á todos los trató con la mayor clemencia, á nadie castigó, convirtiendo así á los indios en amigos y aliados. La toma del peñón de Cerquín fué señalado triunfo, pues los rebeldes de los lugares limítrofes tenían puesta toda su esperanza en el descalabro de los españoles frente á aquella fortaleza, y luego que la noticia de su rendición circuló por el país, á todos los rebeldes se les quebraron las alas.

Viendo el capitán Cáceres ya pacificada la provincia de Cerquín, sin demora tornó á Gracias á Dios en auxilio del adelantado Montejo que estaba sufriendo grandes aprietos, reducido como estaba á un piquete de once soldados en vías de echar el alma, pues sobre ellos solos cargaban las velas diurnas y nocturnas. Tras de la noticia plausible de la toma del peñón de Cerquín, Montejo pudo regocijarse con la llegada de Cáceres y sus soldados. Pudo entonces emprender la conquista de Comayagua que con toda su comarca había caído en poder de los indios: destacó desde luego en exploración á un capitán con alguna gente, no queriendo perder tiempo y que los indios se fortificasen, y además porque quería proveerse de bastimentos, que ya escaseaban.

Conforme fué entrando el capitán en la comar-

ca de Comayagua, notaba que todo el país estaba de guerra, asolado y sin provisiones: los cereales habían desaparecido; el ganado había sido muerto ó consumido; andaba como en un desierto, y se vió en una situación tan desesperada que estuvo á punto de morirse de hambre con toda su gente. Con grande urgencia y priesa despachó correo tras correo á Montejo, solicitando con instancia que le enviase bastimentos y tropa de fresco, no considerando suficiente la que tenía para empeñarse en una tierra en que por todas partes no había sino enemigos. Le enviaron ganado, y maíz y otros cereales que se pudieron conseguir en medio de la carestía de alimentos que se estaba sufriendo. Salió el capitán Alonso de Cáceres, teniente de Montejo, con toda la gente que se pudo reunir, á juntarse con los exploradores, y consiguieron reunirse; mas los indios los hostilizaban con ardor noche y día: guarecidos en las selvas, les daban guerra en pequeñas partidas, pero sin presentar batalla: comprometían ligeras escaramuzas y desaparecían, manteniendo así á los españoles en constante molestia y desasosiego. Nada podían los castellanos con un enemigo que no presentaba el cuerpo, y que sin embargo agijoneaba por todos lados. La campaña se prolongaba: el mismo Montejo tuvo que ir á tomar el mando de las fuerzas, y para ello reunió mil quinientos indios amigos y los llevó en su compañía. Reunido ya un cuerpo numeroso de tropa, se persiguió tenazmente á los rebeldes, y de ellos, unos se sometieron, y otros se remontaron á las Sierras limítrofes, huyendo del yugo español. Se recuperó Comayagua, Guaxarequi, y después de cua-

tro meses de correrías militares, toda la provincia, hasta el valle de Ulancho, quedó de nuevo sujeta, pacífica y en completa quietud: los prisioneros fueron puestos en libertad, y ninguno fué reducido á la esclavitud.

Pretendió Montejo poblar el valle de Ulancho, y con este objeto escribió al tesorero real de Trujillo pidiéndole dinero, armas y bastimentos; los oficiales reales, sin embargo, se hicieron sordos á la petición, fracasando con esto el proyecto.

Descorazonado de la poca ayuda de parte de los oficiales reales, volvió á la villa de Comayagua, nombró alcaldes y regidores, le señaló treinta y cinco vecinos españoles como pobladores, y los proveyó de encomiendas. De allí, pasó á Gracias á Dios, y su primera medida fué ordenar que se hiciesen las siembras del año: con las atenciones de la guerra se habían descuidado los cultivos y labranzas, y se temía una hambre, y á esto quiso proveer Montejo, obligando no sólo á los indios, sino hasta á los mismos españoles á que hiciesen labranzas de maíz y trigo: entonces fué cuando hizo también plantar viñedos.

Fuera de las minas que habían empezado á beneficiarse en Gracias á Dios, se descubrieron otras en Comayagua, que se empezaron á explotar. Para su laboreo fueron cuadrillas de indios de San Salvador y Guatemala, quienes, por lo penoso del trabajo, fueron atacados de enfermedades serias: muchos murieron, por lo cual el Licenciado Maldonado mandó suspender el trabajo.

Se mandó establecer una fundición en San Pedro, y se trabajó en acrecentar la población de